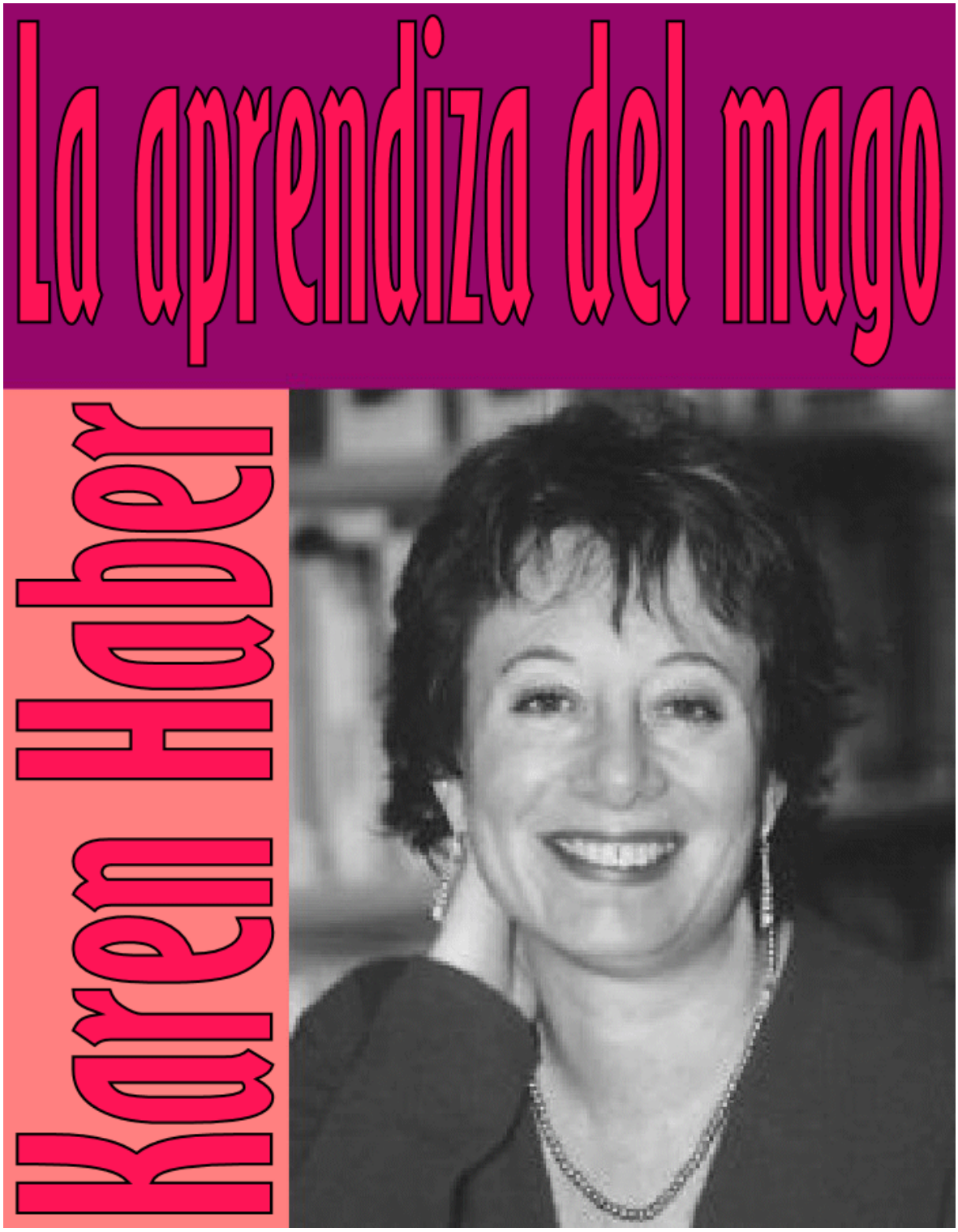
La aprendiza del mago
Karen Haber



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Hacía frío en la sala de techo alto y abovedado de la casa del mago Néstor. El fuego se había reducido a un mortecino rescoldo, y un viento helado silbaba a través de un agujero de la ventana y sonaba entre las vigas.

El hechicero había estado estudiando su libro de magia, enfrascado en las runas antiguas, borrosas, hasta que el calor del fuego lo había adormecido. El libro de magia con cantos dorados yacía abierto sobre su regazo. Ahora, despertado repentinamente por una ráfaga fría, se incorporó con brusquedad en el asiento, cortándose en su garganta un ronquido inacabado, y miró alrededor de la habitación. Temblando de frío, se arrebujó en su túnica de pieles blancas, cerró con un golpe seco el libro que tenía en el regazo, y se puso de pie. Sus botas negras, desgastadas, crujieron: eran viejas y necesitaban una buena mano de grasa.

El mago Néstor era un hombre nervudo, añoso, con una aureola de cabello blanco, barba larga y cana que se iba estrechando hacia la punta, y ojos de color gris claro con una pizca de azul en sus profundidades. Su piel estaba surcada de arrugas, como la fina corteza marrón de un árbol. De hecho, era bastante más viejo que el árbol más antiguo de la montaña Fennet. Pero Néstor se movió ahora con la energía de un hombre la mitad de joven que él.

-Fuego -refunfuñó-. El conjuro para el fuego. Vamos, lo sabes tan bien como tu propio nombre. -Se volvió hacia la oscura chimenea, con los brazos levantados, y articuló tres sílabas cortas y ásperas, con la voz de una gran ave de rapiña, y a continuación un sonido breve y silbante. Las llamas surgieron de inmediato, e iluminaron el rostro del mago con un fulgor anaranjado. El asintió con satisfacción, haciendo mecer la barba sobre su pecho, y acercó sus dedos, largos y sarmentosos, hacia el chisporroteante calor-. ¡Así le salgan viruelas a ese Jotey! -dijo-. ¡Pagar así mi confianza! ¡Cría cuervos...! Se larga y me deja colgado, y tengo que encargarme de todo. -Néstor cogió la tetera de hierro, la llenó con agua del cubo que había junto a la chimenea, y la puso a calentar en su brasero.

El agua apenas empezaba a hervir en la tetera cuando la puerta de la casa chirrió sobre sus viejos goznes y se abrió lentamente. Era Renno, el sirviente del mago desde hacía muchos años, envuelto en su capa de piel gris. Era un hombre pequeño, enjuto, que llevaba el cabello, negro como carbón, peinado hacia atrás y trenzado en una gruesa coleta que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Sus ojos eran negros como el azabache, sus mejillas rubicundas, y su nariz bulbosa, brillante, excesivamente llamativa. Guardaba un gran parecido con los muñecos que ofrecían los vendedores de amuletos en el mercado de Rondish los días festivos. A su lado había otra figura pequeña de aspecto tímido, cuyos rasgos quedaban ocultos casi por completo bajo la capa negra, de tejido tosco, demasiado grande para su tamaño. Néstor comprendió que se trataba del nuevo aprendiz.

- Bien -dijo-. Lo has traído.

-Oh, hombre sabio... -empezó Renno mientras levantaba las manos.

- No te quedes parado en la puerta, Renno. Ya hace bastante frío aquí dentro. Entra y cierra. Cuanto antes entréis en calor, antes podremos poner al chico a trabajar en sus tareas.

-Poderoso y gran mago...

- ¡Deja de farfullar, hombre! Y deja de moverte a mi alrededor como un pato marcado. Venid. Venid los dos, v acercaos al fuego para entrar en calor. -El mago puso otras dos tazas junto a la suya y vertió en ellas la fragante infusión, humeante y dorada, de la tetera de hierro.

El sirviente abrió la boca otra vez, como si fuese a argumentar algo, pero después se encogió de hombros, la volvió a cerrar, v se acercó al fuego. La pequeña figura de la capa hizo un alto para cerrar la puerta antes de seguir a Renno hacia la chimenea.

-Té ardiente -dijo el mago-. Aquí tenéis. Bebedlo. En noches como ésta, hace entrar en calor hasta el alma.

Una mano pequeña salió de debajo de la capa y cogió una de las tazas.

-Tómatelo todo mientras está caliente -indicó el mago con tono afable. Era mejor

empezar con amabilidad cuando se enseñaba a un nuevo aprendiz.

La mano subió la taza hasta la capucha e, inclinándola, la vació sin hacer una pausa. El recién llegado soltó la taza, en la que no quedaba ni una gota.

-Buen apetito -cementó el mago a Renno-. Crecerá como un tubo de vidrio soplado.

Las pequeñas manos retiraron la capucha en ese momento. Una es-pesa mata de cabello pelirrojo y rizado quedó a la vista, y reflejó la luz titilante del fuego. Unos ojos, azules y brillantes, se alzaron hacia el mago y parpadearon, y unos labios sonrosados esbozaron una son-risa tímida.

- Me llamo Dora -dijo la aprendiza con voz queda-. ¿Viviré aquí?

Néstor soltó su taza de té con tanta brusquedad que el hierro tintineó contra las piedras verdes del hogar. Se volvió hacia Renno y encontró al sirviente muy afanado, repentinamente, con el arcón donde guardaban la leña.

-¿Qué es esto? -demandó el mago.

- ¿Qué es qué, amo? -preguntó Renno, procurando esquivar el rostro.

- Esto.

El mago señaló a la chiquilla.

-No sé a qué...

El mago suspiró, soltando el aire con fuerza.

-No te hagas el tonto conmigo, Renno. Puede que seas algo bobo, pero no creo que seas estúpido. Me has traído una chica, y yo especifiqué un chico, ¿no?

- Sí, amo. -La expresión de Renno era sumisa.

-Entonces ¿por qué veo una chica?

-Amo -la voz del sirviente era aún más sumisa-, no había ningún chico disponible.

-¿Ninguno?

-Los torneos del duque atraen a Borbant a todos los muchachos jóvenes -dijo Renno-. En el mercado no pude encontrar más que hombres viejos y cansados, y niños acabados de destetar. E incluso éstos eran increíblemente caros.

Néstor lo miró fijamente.

-¡Mejor un hombre viejo que una chiquilla boba! ¿Qué voy a hacer con ella, Renno? Dime: ¿qué mago tiene de aprendiz a una chica? ¿Qué dirán en el cónclave de mediados de mes? -El hechicero sacudió la cabeza con rabia-. Tendrás que devolverla.

- ¿Devolverla? -Los oscuros ojos de Renno se ensombrecieron-. ¡No podéis decirlo en serio, amo! El mercado está cerrado ahora. Y no tiene ningún sitio adonde ir. Es huérfana. No tiene a nadie. ¡No podemos echarla a la calle, al frío de la noche!

- ¡Bah, eres un sentimental y un chiflado! -gruñó Néstor-. Es lo que siempre he dicho. Y es lo que siempre has sido.

La expresión de Renno era profundamente contrita.

-Eso es cierto. Jamás me atrevería a negarlo.

-¡No empeores las cosas con tu bobalicona actitud aquiescente! -tronó el mago-. ¿Cómo vamos a quedarnos con ella? ¿Para qué nos vale? Te pregunto a ti: ¿para qué sirve?

-Bueno, podría intentar enseñarle unas cuantas cosas... Los ojos del mago se habían tornado acerados y fríos. -Enseñarle, ¿qué?

-Cosas. -El sirviente bajó la vista al suelo entarimado-. Puede aprender. Un poco, por lo menos.

Néstor no estaba seguro de si la expresión de Renno era realmente contrita o simplemente astuta.

-En cualquier caso, puede dejar que se quede aquí hasta el próximo día de mercado -continuó el sirviente-. Será a final de mes. Entonces la llevaré y la venderé.

- ¡Pero eso es después del cónclave! -dijo Néstor-. ¿Qué voy a hacer en la gran asamblea? ¿Presentarme ante mis colegas sin un aprendiz que me ayude?

-Podría adiestrarla.

- ¿En la hechicería?

-Es lo que tenía pensado, amo. No estaría bien asistir al cónclave sin un aprendiz. -

Renno hizo una pausa-. Sobre todo si Dalbaeth está allí, esperándolo.

Néstor frunció el entrecejo.

-¡Bah! Deja que sea yo quien se preocupe de Dalbaeth. Ese tipejo nunca me ha perdonado que derrotara a su padre hace mucho tiempo. Pero no te preocupes. Puedo ocuparme de él, con aprendiz o sin él. -Néstor se volvió y bajó la vista hacia Dora. Sacudió la cabeza-. Además, fíjate lo pequeña que es. Y esas manos, tan diminutas... No sirven para hacer conjuros. Probablemente ni siquiera sirvan para los quehaceres domésticos.

-Eso no es verdad -protestó Dora-. Puedo limpiar. Y cocinar. Póngame a prueba.

El mago la miró de hito en hito, pensativo, con un destello azulado en sus ojos grises. El aullido del viento pareció hacerse más y más in-tenso. La chiquilla esperó, sosteniéndole la mirada sin asomo de miedo.

- Oh, de acuerdo -dijo Néstor-. Supongo que no puedo echarte en plena noche, ¿no? Puedes dormir en ese catre, al lado de la chimenea, niña. Y no quiero oírte decir ni pío, ¿está claro? Tengo que hacer un trabajo importante, y no quiero que me moleste una mocosa parlanchina.

-Yo no soy una mocosa parla... lo que sea -repuso. Y de inmediato, levantando la cabeza en un gesto digno, recogió las tazas de té y las metió en el fregadero de piedra blanca, colocado sobre su robusto soporte de madera. Se dedicó afanosa a fregarlas y secarlas. Cuando hubo terminado, las tazas brillaban a la luz de las velas, más limpias de lo que lo habían estado en todo el invierno. Sin pronunciar una palabra más, la chiquilla se subió al catre de juncos trenzados, se hizo un ovillo bajo la capa, y se quedó dormida antes de que el mago tuviese oportunidad de invocar sobre ella un sencillo conjuro de sueño.

-Por esta noche -(rezongó Néstor al tiempo que sacudía la cabeza con énfasis-. Pero sólo por esta noche. -Se acomodó en su sillón junto al fuego, abrió el libro de magia, y se durmió antes de haber terminado de leer el primer encantamiento para propiciar un sueño tranquilo.

A la mañana siguiente, Néstor se despertó con el aroma de tortas de harina recién hechas, y de leche caliente. El libro de hechizos estaba en su regazo, y sus rodillas protestaban con los viejos y familiares dolores.

- El té está preparado -dijo una voz extraña. Era aguda, cantarina, con una insinuación de ceceo.

Una mano pequeña le tendía una taza de té, llena a rebosar con la humeante infusión.

- ¿Eh? -Néstor, perplejo, bajó la mirada hacia unos ojos azules y una nariz respingona-. Niña, ¿qué haces aquí?

Una expresión de impaciencia cruzó fugaz por el rostro de Dora. -Me dijo que me quedara, ¿recuerda?

Las últimas sombras del sueño desaparecieron y el mago empezó a recordar los acontecimientos de la noche anterior. La nueva aprendiza, sí. Muy pequeña. Flaca. ¡Y además chica, por si fuera poco!

-¡Renno! Renno, ¿dónde estás?

-Aquí, amo. -El hombrecillo entró presuroso en la habitación, cargado con una brazada de leña.

-Tienes que devolver esta chica de inmediato.

-No puedo, amo.

-¿Por qué no?

-Porque no puedo. ¿Adónde voy a llevarla? El mercado está cerrado hasta final de mes. Se lo dije anoche.

El hechicero apretó los labios con irritación.

-Mmmmm. Sí, eso es cierto, supongo. Desde luego. -Jugueteó con su barba-. Está bien, niña, tendrás que ponerte a trabajar. Supongo que no sabrás ningún conjuro de limpieza, ¿verdad?

-¿Conjuro? -Los azules ojos de la chiquilla, abiertos como platos, lo miraban con franqueza-. Nunca he hecho magia, señor. Y tampoco quiero hacerla. -Sus cejas claras se fruncieron y la chiquilla se estremeció. En voz baja dijo-: Es mala.

Renno hizo un ruido que podría haber sido una risa contenida. Néstor lo miró ceñudo, pero, antes de que pudiese decir nada, su sirviente salió presuroso por la puerta principal y desapareció en el patio.

-Bueno, supongo que puede ser mala -admitió Néstor. El mago se rascó la barba con gesto pensativo-. Cuando está en malas manos. Menos mal que no quieres aprender magia. Las chicas no son buenas hechiceras. Y, a mi edad, ya no tengo la paciencia necesaria para instruir a una bruja.

Ella le dirigió una mirada perspicaz.

- ¿Qué edad tiene?

- Eso a ti no te importa, señorita. -Néstor agitó un dedo hacia la chiquilla-. Esa chimenea necesita barrerse. Y a las estanterías de los libros no les vendría mal quitarles el polvo.

-Toda la casa está asquerosa -dijo Dora, haciendo un gesto de asentimiento-. Nunca había visto tanta porquería. Ha sido un acierto que me trajera para cuidarlo.

Néstor se planteaba la posibilidad de utilizar un conjuro de mutismo, cuando Renno entró en el cuarto como una exhalación, fuera de sí.

- ¡Fougasse! -gritó-. ¡Está allá arriba!

Néstor parpadeó.

- ¿El dragón? No puede ser. -El mago se acercó a la puerta y escudriñó con incertidumbre el cielo azul pálido, resguardándose los ojos con la mano-. No es época de reproducción. Es imposible. Los dragones nunca vuelan cuando hace frío.

En el horizonte, lo que parecía ser un ave movía perezosamente las alas, en las que se reflejaba la luz del sol. Néstor estrechó los ojos. El ave parecía tener un cuerpo alargado, sinuoso. A medida que se acercaba, el mago pudo distinguir la cabeza de reptil y los funestos ojos rojos.

No, no era un ave. Ni mucho menos. El mago suspiró.

-Es Fougasse, en efecto. No imaginaba que tuviese tan poco sentido común como para molestarme antes de haberme tomado un buen desayuno.

- ¿De verdad es un dragón? -preguntó Dora. Sus ojos estaban muy abiertos por el asombro-. Nunca había visto uno.

- Bueno, no te quedes ahí como un pasmarote, niña. Entra en casa. Podría tentarle un bocado apetitoso como tú.

Con un chillido de espanto, Dora se escondió presurosa tras el mago, aferrándose a la parte trasera de su túnica.

El dragón volaba en círculos sobre ellos, los ojos relucientes, el cuello escamoso brillando con la luz del sol.

-Saludos, Néstor -gritó. El dragón hablaba en la antigua lengua.

-Fougasse, ¿qué te ha hecho remontar el vuelo con este frío? -repuso el mago.

-Un fulgor rojo en las colinas occidentales. Y ahora veo qué es. Los árboles están ardiendo.

-¿Qué? ¿Cómo?

- Una fechoría de los elfos. Los bosques se consumirán. -No, si yo puedo evitarlo.

El dragón soltó un chorro de vapor en lo que podía interpretarse como un gesto de aprobación. Los ojos rojos parpadearon una vez, y las alas escamosas batieron furiosamente en el frío aire al tiempo que la criatura giraba y se remontaba en el cielo. Al cabo de un momento, era un yunto dorado en el horizonte lleno de humo.

- Estúpidos elfos, haciendo disparates en pleno invierno -dijo Néstor-. Probablemente estaban jugando con hechizos. Se lo he ad-vertido varias veces. Renno, ensilla la mula... Ensillada conveniente-mente para el invierno, ¿me oyes? Con dos... No, tres mantas.

-¿Va a ir solo? -El sirviente clavó sus oscuros ojos en el mago.

- Entonces, ¿quieres acompañarme?

-Tengo que pensar en el bienestar de mi familia, eminencia. -Renno parecía consternado.

- Lo que imaginaba. -El mago sonrió-. Muy bien, quédate. -Volvió la mirada hacia la chiquilla-. Si tuviera un aprendiz como es debido, lo llevaría conmigo. Pero a esta niña, no.

Dora hizo un gesto mohíno con los labios.

- Debería llevarme -dijo-. Necesita que alguien cuide de usted. Néstor reculó como si lo hubiesen herido.

-No me digas. ¿De veras?

-Sí. ¿Qué me dice si la mula tropieza y se rompe una pata? ¿Y si se pierde usted en el bosque? ¿Quién le hará la comida? ¿Quién sostendrá su bastón por la noche? ¿Quién conducirá a la mula cuando esté cansado? ¿Quién...?

-¡Tú no, desde luego!

-Muy bien, pero recuerde esto: si se pierde o se cansa o pasa hambre, no será culpa mía -dijo Dora, que dio media vuelta y entró corriendo en la casa.

Néstor masculló una imprecación al aire.

-¡Renno, olvídate de la mula! Iré por aire. -El mago estiró los brazos hasta que se arquearon como alas y articuló un grito extraño, cristalino. Y donde un momento antes estaba Néstor, ahora había un ave enorme, de plumaje gris y ojos dorados, penetrantes. Silenciosamente, batió las alas hasta remontarse alto, por encima de la casa, y luego viró hacia el este, a una velocidad constante.

En la puerta, de pie uno al lado del otro, el sirviente y la chiquilla siguieron con la mirada a la enorme ave hasta que sólo fue una mancha desdibujada en lontananza. Renno se volvió hacia Dora y movió la cabeza arriba y abajo.

-Buen truco para ser un viejo hechicero -comentó pensativo. Le dio unas palmaditas a la niña en el hombro-. Mejor será que te pon-gas con la limpieza, pequeña. Yo tengo que cortar una carga de leña, o al mago le saldrán sabañones cuando regrese. -Silbando una melancólica tonada, Renno se echó al hombro su hacha de metal negro y desapareció entre los árboles de troncos grises que había al otro lado del claro.

Dora se quedó un instante más en la puerta, aspiró hondo el frío aire, y luego entró en la casa. Hoy había presenciado maravillas. ¡Un dragón! ¡Un mago transformado en una inmensa ave! Se detuvo y re-corrió la habitación con la mirada.

El sol matinal se había ocultado tras una nube, y la pálida luz resultante arrojaba una enfermiza iluminación a través de la ventana delantera.

De las vigas colgaban telarañas. Los antepechos de las ventanas tenían una gruesa capa de suciedad, y los cristales estaban mates por la lluvia de muchas tormentas y el relente de muchas madrugadas.

-Un poco de magia no sería tan mala idea -reconoció-. Esta casa no se ha limpiado desde que el mago era joven.

Cogió la escoba de su rincón y se puso a barrer, chasqueando la len-gua de vez en cuando ante la tremenda suciedad. Se levantaron densas nubes de polvo mientras trabajaba, y estornudó una, dos, tres veces.

- Salud. Que las bendiciones del archimago sean contigo -dijo una voz profunda, agradable.

Dora giró veloz sobre sus talones.

- ¿Quién está ahí?

La habitación estaba vacía.

-He dicho «salud».

- Renno, ¿me estás tomando el pelo?

- Oh, lo olvidé -dijo la voz alegremente-. No puedes verme, ¿verdad?

Un sonido, como de tela rasgándose, llenó la habitación. Apareció un felak de lustroso pelo azul, enroscado sobre el cojín de grueso tejido del banco de tres travesaños. Sus brillantes ojos naranjas parpadearon mientras la miraban.

Vaya -exclamó-. Eres una humana bastante bajita, ¿no?

- ¿Quién te enseñó a hablar? -preguntó Dora con voz estridente.

-El mago, ¿quién iba a ser? -El felak estiró su largo cuello y empezó a rascarse la barbilla con la pata media izquierda. Hizo una pausa en mitad de un golpe particularmente vigoroso, y la observó con la cabeza ladeada-. ¿Por qué estás utilizando la escoba? Eso es tener ganas de complicarte la vida, ¿no te parece? ¿Es que no sabes los conjuros de la limpieza?

Dora, con los brazos en jarras, lo miró furibunda.

-Por supuesto que no.

-¿Por qué no? ¿Qué clase de aprendiza eres?

-No soy aprendiza de ninguna clase.

-Néstor se está haciendo viejo -declaró el felak-. Está olvidando el tipo de instrucción básica que tiene que tener un aprendiz. Bueno, no importa. Yo le pondré remedio. ¿Ves ese libro grande, blanco y dorado, en la estantería de arriba? Cógelo.

Dora estiró el cuello.

-Está muy alto. No alcanzo.

- ¡Pues entonces súbete encima de algo! -dijo el felak con una nota de irritación en el tono.

Con precaución, Dora se encaramó sobre el brazo del sillón haciendo equilibrio, agarró el libro, y bajó tambaleándose. La cubierta era suave al tacto y brillaba en algunos puntos, como si muchas manos hubiesen tocado el velloso cuero y lo hubiesen desgastado.

-Busca la tercera página y lee el conjuro en voz alta.

-No sé leer. Y menos aún las runas.

El felak dejó de atusarse el pelaje y la contempló con una inequívoca expresión de fastidio.

-¿No sabes leer? Me parece que empiezo a no entender a Néstor. ¿Por qué compraría una aprendiza iletrada? En realidad, ¿por qué molestarse en adquirir una chica, para empezar?

- No fue él. Renno me compró.

-Ah, eso es otra cosa. -El felak bostezó, dejando a la vista dos hile-ras idénticas de dientes triangulares y afilados, alineados dentro de su verde pico. Se incorporó sobre sus patas traseras, saltó al brazo del sillón en el que estaba Dora, y, posándose en él, asomó por encima del hombro de la chiquilla para ver el libro que tenía sobre el regazo. Las borrosas runas del libro de hechizos estaban escritas con tinta dorada-. Ahora, escucha con atención y observa lo que pasa.

Dijo algo en un susurro sibilante. Dora no alcanzó a entender las palabras, aunque puso empeño en ello. La fuente refractaria de arcilla roja que estaba sobre el hogar flotó en el aire, voló por la habitación, y empezó a mojarse en el fregadero, salpicando agua alegremente.

La chiquilla la observó con fijeza, los ojos desorbitados.

- ¡Qué maravilla!

-Muy bien. Ahora, inténtalo tú -dijo el felak-. Con esas tazas de té. Repite estas sílabas: re, osum, emosum, tem.

Dora articuló las extrañas palabras con titubeos, atascándose en la última. Esperó. Pero las tazas de té permanecieron sobre el hogar, in-móviles. Sentía un cosquilleo en los pies, como si se le hubiesen quedado dormidos. Dio unas patadas, bajó la vista, y se quedó sin aliento. Una capa fina de pelaje púrpura empezaba a crecerle como hierba retoñada en los pies.

- ¿Qué hice mal? -gritó.

El felak emitió un sonido que recordaba una risita humana.

- La última palabra es «tem». Una sílaba. Sólo una. Tú le añadiste otra. Lo que da la casualidad que es el conjuro de vellosidad. -El felak se echó a reír otra vez-. Qué tono púrpura tan encantador tiene ese pelaje -se carcajeó-. Me gusta cómo complementa tu cabello.

-Haz que desaparezca -gimió Dora.

- ¿No te gusta? -El felak sacudió la cabeza-. A mí me parece que te queda muy bien. -La criatura asintió con evidente satisfacción, dio unas vueltas alrededor del cojín, se sentó, y cerró los ojos.

Dora se miró horrorizada los pies.

- Espera. ¡No puedes dormirte ahora! -chilló-. ¡Ayúdame, por favor! ¡No quiero tener pies peludos!

El felak roncó plácidamente.

Renno abrió la puerta principal y entró con un cubo lleno de agua. Casi lo dejó caer cuando vio el pelaje púrpura en los pies de Dora.

- ¿Qué has hecho, criatura?

Las lágrimas corrían a raudales por las mejillas de Dora.

- No he sido yo. Fue el felak quien lo hizo.

-¿Qué felak?

-El del mago.

El sirviente frunció el entrecejo y se rascó la cabeza.

- Pero él no tiene tal bestia.

-Está dormido ahí. -Dora señaló el banco de tres travesaños, pero el cojín estaba vacío. El felak había desaparecido.

-Creía que no sabías leer runas -dijo el sirviente, que había estrechado los ojos en un gesto de sospecha.

-Es verdad. No sé nada sobre esas cosas de magia. -Dora se miró afligida los velludos dedos de los pies-. Y lo que he visto no me gusta. Pero ¿qué voy a hacer ahora?

- Espera que regrese el mago -repuso Renno, encogiéndose de hombros-. Limpia la casa, y espera.

Dora observó fijamente el banco. No iba a recibir ayuda alguna de un cojín vacío. Y tampoco de Renno.

La chiquilla tenía un carácter práctico. Suspiró, cogió la escoba, y se puso a trabajar, recordándose a sí misma que un estómago vacío era aún peor que un poco de pelambre púrpura.

Cuando las primeras estrellas empezaron a titilar en el cielo crepuscular, Néstor regresó. Cojeaba, su barba estaba chamuscada, y las cejas le habían desaparecido.

-¡Amo! -Renno metió el hombro bajo el brazo del mago y lo ayudó a llegar hasta su sillón frente a la chimena. Hizo un gesto a Dora-. Niña, trae té. Deprisa.

Néstor dejó que lo ayudara a quitarse la capa y las botas, y a acomodarse en el acolchado sillón.

-Estúpidos elfos -dijo. Tenía la voz enronquecida-. Primero prenden fuego al bosque. Luego secan el cauce del río. Y, mientras yo me afano por sofocar las llamas, ¿me prestan alguna ayuda? Ni una pizca. Se quedan allí, soltando risitas y señalando, como una bandada de pájaros bobos, incluso cuando sus propios nidos nocturnos corrían peligro de prenderse. Los muy necios estaban demasiado ocupados en prender más fuegos a mis espaldas, en lugar de proteger sus propios hogares. -Néstor hizo una pausa y tomó un buen sorbo del humeante té-. Ah, qué bueno. Y no se hable más del asunto. Ahora... -Se interrumpió a mitad de la frase y miró de hito en hito los pies de Dora. Su frente se frunció-. ¿Qué significa esto, niña?

Dora escondió un pie detrás del otro, azorada.

-No lo hice yo, señor. Fue el felak.

- ¿El felak? No digas tonterías. No he tenido un felak aquí desde antes de que Renno naciera.

-Si es invisible la mayor parte del tiempo, ¿cómo sabría usted si está o no está aquí? -argumentó Dora, sosteniendo la mirada del mago.

-¿Eh? -Néstor sacudió la cabeza y soltó una risita-. Ese es un buen argumento. Bueno, quizá fue un felak. Pero ¿qué es lo que intentabas hacer?

- Utilizar un conjuro para limpiar la casa.

Néstor echó un rápido vistazo alrededor de la habitación. Las telarañas habían desaparecido. Las ventanas relucían como nunca.

-Parece que encontraste tus propios hechizos. Quizás uno o dos más de los necesarios. Supongo que no querrás conservar esa pelambre, ¿verdad?

-No, señor.

- Lo imaginaba. -El mago señaló los pies de la chiquilla y articuló tres palabras bruscas que sonaron algo así como: ak, sum, re.

Una sensación cosquilleante recorrió los pies de Dora. La pelambre había desaparecido sin dejar rastro. La niña miró sonriente al mago.

- En el futuro, sé más cuidadosa con los conjuros -le dijo Néstor muy solemne. Bostezó, cerró los ojos y, antes de que Dora pudiese darle las gracias, se había quedado dormido.

Cuando llegó la mañana, las piernas y la espalda del mago estaban tan rígidas como las tablas del viejo entarimado. Néstor gruñó, gimió, se esforzó por incorporarse, y finalmente llamó a Dora por señas para que lo ayudara a levantarse de la cama.

-Dioses, no es nada divertido hacerse viejo -rezongó-. No envejezcas nunca, muchacha, si puedes evitarlo.

Se calentó junto al fuego mientras Dora le preparaba el desayuno. Con actitud melindrosa, se comió las tortas de harina y se tomó la leche humeante. Néstor se sintió mucho mejor después de haber comido. Tenía trabajo que hacer. Conjuros que leer. El mago plantó los

pies en el suelo y se incorporó despacio, enderezándose al mismo tiempo. El dolor le recorrió las piernas y se le extendió por la espalda. Jadeando, Néstor se hundió de nuevo en su sillón.

- ¿Qué le pasa? -preguntó Dora.

- Reumatismo -respondió Néstor.

-Le prepararé un emplasto. Le dará calor a sus piernas.

-¿Un emplasto? -El hechicero la miró con escepticismo-. Supongo que un dragón te enseñó medicina, ¿no?

- A decir verdad, no. -La chiquilla le lanzó una mirada desafiante-. Era ayudante en la trastienda del boticario en Physte. Aprendí un poco de esto y otro poco de aquello.

- Mmmm. Bien, probaré cualquier cosa que me desentumezca los músculos y calme estos dolores. Prepara tu ungüento, niña. La expresión de Dora se tornó anhelante.

- Necesitaré hierba de grana, meliloto y aceite de lino.

- Lo encontrarás todo en los jarros que hay junto a la ventana de la cocina. Pero asegúrate de leer antes las etiquetas. Si es que sabes leer.

- Conozco bien el aspecto de las hierbas, y con eso me basta. No necesito leer. Pero ¿cómo voy a alcanzarlas? Están en un vasar muy alto.

-Te las cogeré yo -repuso Néstor. Pronunció dos palabras con rapidez. Tres frascos de piedra moteada flotaron por el aire y se detuvieron a los pies de Dora.

Machacó las hierbas con cuidado en el mortero del mago, después las mezcló con miel y parafina para formar un bálsamo calmante.

- Aaaah -suspiró Néstor. Sus piernas estaban entrando en calor, y los dolores y molestias empezaban a calmarse-. Mejor que con magia.

-Le vendría bien un baño caliente -dijo Dora.

-Más tarde, niña. Más tarde. Tengo cosas que hacer. Cambiar el tiempo. Echar a las ratas del almacén del panadero... -Las palabras del mago se interrumpieron al ver a Dora esforzándose en volver a colocar los pesados frascos en su sitio, junto a la ventana-. Eso no funcionará -afirmó-. En absoluto. Muchacha, te conviene aprender unos cuan-tos conjuros mágicos para las tareas de la casa, y así no acabaré teniendo que ocuparme yo de mover todas las cosas pesadas.

- No sé si...

-Bueno, pues yo sí lo sé. -Los ojos grises de Néstor centellearon-. Siéntate aquí y pon atención.

Dora se encaramó a la banqueta que había junto al mago. -Ahora repite esto con cuidado: cana, ferem, asturem.

Dora pronunció las palabras despacio, con apenas un hilo de voz. No ocurrió nada.

- Más alto. Y pronuncia con más claridad, niña. Y alarga la primera sílaba.

-Caaana. Feeerem. Aaaasturem.

Para sorpresa de Dora, los frascos saltaron de vuelta a los huecos correspondientes en la repisa de la ventana.

- ¡Maravilloso! -Batió palmas-. Es como cantarles para que ocupen su sitio.

Néstor asintió hasta que su barba brincó sobre el pecho.

-En cierto modo, supongo que así es. -Sonrió cuando Dora ordenó al cazo de la leche que se colocara en el armario. Y casi soltó una risa cuando hizo otro tanto con el mortero y el majador. Pero, cuan-do la silla de asiento de anea estuvo a punto de golpearlo en su premura inducida por el conjuro para regresar a su posición cerca de la chimenea, Néstor levantó una mano-. ¡Basta, niña! Esto es un trabajo serio, no un juego. Ahora, acércate y te enseñaré el modo apropiado de limpiar la casa sin agotar tus energías. O poniéndome a mí en peligro.

El hechicero y la chiquilla pasaron el resto del día juntos, practican-do palabras extrañas y frases arcanas. Como Dora no sabía leer, se vio obligada a aprender los conjuros oralmente; Néstor los pronunciaba y ella los repetía con cuidado hasta que se los sabía de memoria. Y de este modo aprendió conjuros para fregar, para mezclar, para secar e incluso para cocinar.

- Ese no me interesa mucho -dijo-. Se me quemarán las tortas de harina con él.

-Practica -aconsejó Néstor-. La práctica hace más fáciles las cosas.

En los días que siguieron, Dora comprobó que había mucho de ver-dad en las palabras del mago. A no mucho tardar, había dominado los conjuros de tareas de la casa y se sentía bastante segura dando instrucciones a un pastel para que se mezclara y se cocinara él mismo, al té ardiente para que se sumergiera en el agua, y a las camas para que se airearan en el porche delantero.

Renno, mirándola trabajar una mañana, esbozó una sonrisa tan ancha que su rostro se convirtió en un amasijo de arrugas.

-Diría que eres rápida aprendiendo, chica -comentó-. No eres tan mala aprendiza, después de todo.

Néstor apareció de improviso a sus espaldas, ceñudo.

-¿Aprendiza? ¿Qué aprendiza? -dijo el mago-. Es una criada doméstica, Renno. Sigo necesitando un aprendiz.

-Pero ella lo ha hecho muy bien.

-Oh, admito que la casa está limpia. La colada lavada y seca. Las tortas de harina están buenas. Pero cualquier bruja que acabase de iniciar su instrucción podría dominar esos trucos caseros. No, lo que necesito es un aprendiz adecuado. Un chico alto que me traiga mi libro de magia, que me represente en la reunión de la ciudad, que me lleve el bastón... Y antes del cónclave. Sólo disponemos de unos pocos días, Renno. Tendrás que intentarlo en el mercado de Sporvan.

- No hay tiempo, amo -objetó el sirviente, sacudiendo la cabeza-. El mercado de Sporvan no abre hasta el día siguiente del Día de la Festividad. Y para entonces será demasiado tarde. El cónclave empieza esa misma mañana.

Néstor puso una cara avinagrada.

-Tienes razón. Por las estrellas, muchacha, supongo que tendré que arreglarme contigo hasta después del cónclave. ¿Crees que puedes aprender unos cuantos conjuros más antes del Día de la Festividad?

- No lo sé -repuso Dora. Miró al mago con desánimo-. No creo que mi pobre cabeza pueda retener mucho más.

- Inténtalo -pidió Néstor-. Inténtalo con empeño. O quizá decida darte una nueva cabeza con un poco más de espacio... y cabello verde.

- No haría algo así. -Dora se agarró sus rizos pelirrojos.

-No tientes a un mago cuando está de mal humor, niña. ¡Ahora, ven aquí, guarda silencio, y aprende!

Durante seis mañanas seguidas, después de que Dora hubiese terminado sus tareas, se sentaba obedientemente al lado del mago y practicaba las runas básicas de la magia. Al

principio sus conjuros fallaban. En más de una ocasión, Néstor tuvo que deshacer un hechizo medio ejecutado para evitar que la casa ardiera o que hasta el último trozo de madera que había en ella se transformara en hierro. Pero, finalmente, Dora pudo hacer que el bastón de marfil del mago flotara de un extremo a otro de la habitación, apagar fuego haciendo que brotara agua de la tierra, transformar cucharas y cuchillos en pequeños roe-dores plateados, y conseguir que unas botas caminaran solas por el suelo.

-Está lo mejor preparada que puede estar -opinó Renno.

-Sí, supongo que contar con ella es mejor que con nada. Pero necesita una capa adecuada, Renno.

-Sí, amo. Eso sí que le hace falta. -El sirviente asintió con un cabeceo-. Mi buena esposa puede hacerle una con franela.

- Creo que será suficiente -dijo Néstor-. Y que sea azul, Renno. El sirviente se volvió y miró fijamente al mago.

-¿Azul? -repitió-. ¿Por qué azul? Todos vuestros otros aprendices la llevaban negra.

- Ninguno era una niña, ¿verdad? Ni tenían los ojos azules, ¿no? -Néstor soltó una risita-. Tiene que ser azul, Renno. Y no se hable más.

Amo y sirviente intercambiaron una sonrisa, en silencio.

-Bien, entonces me marcho -anunció Renno-. Que tengan un buen día. -Silbando una melodía alegre, se dirigió presuroso a su casa.

La mañana del cónclave amaneció fría, con unas nubes bajas que presagiaban nieve para el mediodía. Néstor alzó la vista al cielo, con los ojos entrecerrados.

- Conque nieve, ¿eh? -rezongó-. Ya lo veremos. -Se retiró la capade piel blanca de encima de los hombros, y levantó los brazos. En su mano derecha sostenía el lustroso bastón de marfil. El cayado brillaba con un fulgor ambarino, como la miel a la luz del sol. Cuidadosa-mente, el mago trazó unos círculos con él. Luego plantó con fuerza la punta en el suelo. Con la otra mano, Néstor hizo un amplio ademán, como si quisiera abarcar con él toda la bóveda gris del cielo.

-¡Qua-Sachem-Moree! -gritó, y su voz fue como el trueno de una tormenta de verano-. ¡Sheft-Kazem-Bansin!

Un cegador rayo de sol hendió el cielo encapotado como un cuchillo de oro. Después, otro. La luz del sol había hecho jirones las nubes, que se dispersaron rápidamente, y el astro brilló alegremente en el radiante cielo azul. Un pájaro invernal llenó el aire de notas musicales. Sería un día claro, hermoso.

-Eso está mejor -dijo Néstor. Se frotó el estómago, con aire pensativo. Le llegó el aroma de tortas de harinas recién hechas, y lo atrajo al interior de la casa-. Primero el desayuno -decidió-. Después nos ocuparemos del cónclave de hechiceros.

- ¿Estarán allí todos los magos de las cuatro comarcas? -quiso saber Dora.

-De las cuatro comarcas y más allá -repuso Néstor-. Así que adopta una actitud de sagacidad, abre bien los ojos, y sujeta la lengua. A los aprendices se los tiene que ver, no que escuchar. -Masticó con satisfacción. Cuando hubo terminado, su plato y su taza se retiraron por sí mismos. Dora y Renno habían comido hacía horas.

La chiquilla apareció con una capa de color azul cielo. Sonrió anhelante y dio vueltas delante del mago.

- Preciosa -aseguró Renno.

- Se volverá una presumida si empiezas a halagarla y a llenarle la cabeza de tonterías -gruñó Néstor.

Dora se echó a reír.

-Entonces no me quedará sitio en ella para más hechizos, ¿verdad? Néstor se aclaró la garganta, aunque más parecía que estuviese con-teniendo la risa.

- Pongámonos en marcha -dijo-. Renno, cuida de la casa hasta nuestro regreso. Niña, cógete de mi mano.

Vientos silenciosos parecieron converger sobre ellos desde todas par-tes, haciendo ondear sus ropas y agitándoles los cabellos. Las paredes de la casa se empezaron a desdibujar

más y más, hasta desaparecer, y por un instante se encontraron en un espacio blanco, extraño. Entonces unos muros oscuros se alzaron a su alrededor, recargados de madera vieja y tiznados por el humo. Néstor y Dora se encontraron en medio de un hermoso salón de banquetes, y a su alrededor había muchos hechiceros vestidos con capas de todos los colores del arco iris.

-Néstor -llamó uno que tenía una barba rojiza y espesa-. Bien hallado.

-Annesh -saludó Néstor-. Y Rovard.

Un hechicero bajo, cuya calva cabeza brillaba a la luz del fuego, le hizo un guiño y dijo:

-Un día estupendo, gracias a ti.

Todos llevaban bastones y hablaban bulliciosos. Dos magos jóvenes flotaban en el aire, y hacían juegos malabares con esferas de luz azul, por encima de las cabezas de los reunidos. En un rincón, un hechice-ro alto, vestido con una capa verde, empezó a transformarse y se convirtió en un dragón dorado cuyos ojos brillaban con fuego rojo, y a continuación el dragón se transformó en un caballo blanco, alado, con las crines plateadas, y éste dio paso a una extraña bestia con garras y pelambre verde.

Dora miraba con los ojos muy abiertos. Apenas si podía pensar con tanto ruido. Tímidamente, miró de reojo a los otros aprendices. Eran muchachos vestidos de negro, que la empequeñecían; parecían jóvenes gigantes, y mucho mayores, y mucho más sabios. Caminaban tras sus maestros con altiva seguridad, saludándose con cabeceos unos a otros e intercambiando alguna que otra pulla. Dora se retiró la capucha de muy mala gana. Su cabello rojizo dorado relució a la luz del fuego.

Se hizo un repentino silencio. Los hechiceros y aprendices reunidos, magos y sirvientes, todos miraron fijamente a Dora como si no hubiesen visto algo así en su vida.

- ¡Vaya, Néstor! -dijo el hechicero calvo llamado Rovard, con una ancha sonrisa-. ¿Qué es esto? ¿Una chica de aprendiza? Debes de estar de broma.

Néstor se irguió con gran dignidad.

-No es ninguna broma. ¿Por qué no una chica? Es rápida aprendiendo y muy viva.

- Pero con esas manos tan pequeñas... -objetó Rovard. Annesh sacudió la cabeza hasta que su roja barba se zarandeó de lado a lado.

-Lo siguiente que veremos serán felaks y esfinges.

Todos se echaron a reír. Pero en medio del regocijo general se alzó una voz áspera y fuerte.

- ¡Vaya, barba gris! Veo que sigues tan necio como siempre. No puedo creer que te consideres lo bastante digno de acudir a esta reunión. Deberías estar en tu casa, junto a la chimenea.

Una vez más, la sala se sumió en el silencio.

Néstor se volvió; sus grises ojos relucían azules por la cólera.

El que había hablado era un hombre de complexión mediana, con cabello negro, bigote, perilla y ojos del color del hielo. Vestía una capa gris con una capucha forrada con piel oscura.

- Dalbaeth -dijo Néstor-. Tenía la esperanza de que no nos encontraríamos.

-Es lo que has estado diciendo desde el día que engañaste a mi padre y reclamaste la victoria -repuso Dalbaeth, en cuya voz se advertía un frío desprecio-. Tienes miedo de que te venza.

-No puedo temer lo que es imposible -replicó Néstor. Se dio la vuelta para alejarse.

Dalbaeth se interpuso en su camino y plantó su bastón negro en el suelo con firmeza.

-Te reto.

Néstor se quedó inmóvil. Sus ojos centelleaban con un fuego azul.

- No seas necio -intervino, acalorado, Annesh-. La contienda entre tu padre y Néstor quedó zanjada hace años, Dalbaeth. No prolongues este resentimiento.

-Y desde hace años he querido tener la oportunidad de rehabilitar el honor familiar -declaró Dalbaeth, cuya mirada fría no se apartó ni un instante del rostro de Néstor.

Este hizo un brusco gesto de asentimiento.

-Como quieras -dijo-. Es mejor que arreglemos este asunto ahora.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. La sala se llenó de voces que protestaban o mostraban su conformidad. Sólo Rovard se hizo oír por encima del clamor:

-Aquí no -gritó-. Debéis arreglar vuestras diferencias lejos de esta asamblea, en un lugar apartado. No debe ponerse a nadie en peligro, nadie puede presenciarlo, y nadie puede ayudar.

- Desde luego -asintió Néstor-. Propongo el valle Ganz, detrás del promontorio del río.

-Acepto -repuso Dalbaeth-. ¿Cuándo?

Néstor lo miró fijamente a los ojos.

-Ahora.

Sosteniendo todavía la mirada de Dalbaeth, Néstor pronunció cinco palabras con gran rapidez.

La sala giró a su alrededor, y los muros se tornaron una mancha blanca borrosa. Después, los muros desaparecieron y los dos hechice-ros se encontraron en medio de una ancha pradera bordeada de árboles altos y sin follaje. En lo alto soplaba un viento frío que traía el gélido aliento del invierno.

-¿Qué hace esa niña aquí? -demandó Dalbaeth.

Néstor giró en redondo y encontró a Dora sentada en el suelo, detrás de él.

-¡Criatura! No tenías que venir conmigo. ¿Por qué no te quedaste en la sala?

-Lo siento. Pero se movió tan deprisa que no tuve tiempo de soltarme. No pude evitar agarrarme a su túnica y me transportó con usted. -Te enviaré de vuelta -dijo Néstor.

-No, por favor. Quiero quedarme.

Las cejas del mago se fruncieron.

-Éste no es un sitio para que estén niños.

-Soy su aprendiza. -Dora se cruzó de brazos-. Lo dijo usted mismo.

Dalbaeth estalló en carcajadas.

-Una chica de aprendiza. ¡Qué apropiado! Y supongo que lo siguiente que se te ocurrirá será enseñar a una mula a que haga conjuros, ¿no?

-Como quieras, niña. -Los ojos de Néstor centelleaban-. Pero manténte apartada y a resguardo. -Señaló un montón de piedras verdosas que había a un lado de la pradera-. Ponte a cubierto.

Dora se asomó por un lado del suave y resbaladizo peñasco. Parecía hielo verde bajo sus dedos.

Los dos hechiceros se cuadraron. Por un instante, pareció que el tiempo se detenía. Los dos hombres estaban inmóviles, observándose el uno al otro. Sólo se oía la voz del viento, susurrando en la seca hierba amarilla.

Como si se hubiese dado una señal, los dos hombres se pusieron en movimiento.

Dalbaeth levantó las manos por encima de la cabeza y un rayo salió disparado de sus dedos.

Néstor gritó un juramento que deshizo el rayo en luciérnagas que centellearon y destellaron un instante antes de dispersarse en el viento.

Sin hacer una pausa, Dalbaeth gritó otro conjuro, y antes de que su voz se hubiese apagado un trueno sacudió la pradera. Con un espantoso ruido, el suelo bajo los pies de Néstor se resquebrajó.

Néstor cayó y se aferró desesperadamente al mellado borde del abismo para frenar la caída. Al mismo tiempo, articuló un hechizo. Su túnica se desgarró salvajemente, y dos alas blancas, enormes, aparecieron en su espalda. Con gran esfuerzo, el mago se remontó en el cielo, alejándose del peligro. Un grito gutural le dio una inmensa cabeza de grifo. Néstor inhaló una vez y empezó a escupir bolas de fuego a su rival.

Dalbaeth levantó la mano para protegerse. Pero su perilla se chamuscó con el primer tiro. Maldiciendo, hizo salir de una brizna de hierba un espejo gigante y lo sostuvo delante de él. El espejo estaba inclinado de tal modo que la imagen alada de Néstor apareció en sus

profundidades verdes plateadas. Y ahora, cada bola de fuego disparada por Néstor alcanzaba el espejo y era rechazada... directamente de vuelta a su procedencia.

Uno de los proyectiles rebotados alcanzó el ala izquierda de Néstor. Un instante después, las plumas no eran más que ceniza. Aleteando torpemente con la otra ala, el mago se precipitó hacia el suelo. Fue un golpe fuerte, y quedó tendido, inmóvil, sobre la fría hierba. El ala restante v la cabeza de grifo desaparecieron.

Dora, que lo había presenciado todo, chilló aterrada.

Con un cabeceo satisfecho, Dalbaeth arrojó el espejo, que se desvaneció en el aire. Corrió hacia el mago caído v se detuvo a su lado, con los brazos extendidos.

-Ven, espíritu de la tierra -gritó-. Cubre a este miserable con piedra. Aprésalo para siempre.

-No -chilló Dora-. ¡No!

Tenía que detenerlo, pero ¿cómo? El era un mago todopoderoso que dominaba los propios elementos. Todo cuanto sabía hacer ella eran unos cuantos conjuros caseros. Y el truco de un felak. La idea hizo que su corazón latiera más deprisa. El conjuro del felak, sí.

Jadeando, susurró las sílabas en una rápida sucesión.

No ocurrió nada.

Dora repitió otra vez el conjuro. Y una vez más.

Dalbaeth tosió. Estornudó. Una pelambre púrpura brotó en sus mejillas, en sus manos, incluso por el borde de las botas. Estaba cubierto de pies a cabeza con una capa de pelambre púrpura. Estaba en sus ojos, en su nariz, incluso en su boca. No veía, no podía respirar. Ahogándose, el hechicero se desplomó en el suelo, articulando sordas maldiciones.

Néstor se incorporó sobre un brazo, vio lo que estaba pasando e hizo un gesto con su bastón.

Una enorme jaula de hierro, brillando con un fuego sobrenatural, se formó alrededor de Dalbaeth. El mago cubierto de pelambre apenas lo advirtió.

Por un instante, Néstor flaqueó y cayó otra vez al suelo.

-Maestro -gritó Dora-. Ha ganado. Debemos marcharnos.

Asintiendo débilmente, Néstor llamó por señas a Dora y la atrajo hacia sí. Con otro gesto extraño, transportó a la niña y a sí mismo de la ventosa pradera al ruidoso salón lleno de humo, al cónclave de hechiceros, en Puerto Pequeño.

-Néstor -gritó Annesh-. ¡Has vuelto! Tan pronto. ¿Dónde está Dalbaeth?

Néstor abrió la boca para hablar, pero no le salió sonido alguno.

El viejo mago luchó por respirar y cayó de espaldas. De no ser por los fuertes brazos y los buenos reflejos de Annesh, Néstor se habría desplomado, inconsciente, en el pulido suelo de ladrillos del salón.

-¡Apartaos! ¡Se ha desmayado! -bramó Annesh-. ¡Dejad sitio para que respire! ¡Y traed al herbolario!

Un hombre alto y delgado, con el cabello gris trenzado, se acercó corriendo. Se arrodilló junto a Néstor y examinó al mago con cuida-do. Se levantó, sacudiendo la cabeza.

-Néstor es viejo. Muy viejo -dijo el herbolario-. Ha forzado en exceso sus poderes y está incapacitado. Mudo.

Dora se mordió los labios, desesperada.

-¿Para siempre? -preguntó.

-No lo sé -repuso el herbolario tristemente-. Quizá se recupere con el tiempo.

- Pequeña -Annesh le dio unas palmaditas en la cabeza-, es injusto para ti ser aprendiza de un hechicero incapacitado. Arreglaré las cosas para que tengas un maestro más apropiado. ¿O preferirías una bruja de maestra?

¡Una bruja de maestra! Dora vaciló, confundida.

- No lo sé. No he pensado mucho sobre ello. ¿Una bruja, dice? Eso estaría bien. Pero ¿qué ocurriría con Néstor?

- Nosotros nos encargaremos de él. Ahora ve y come algo -dijo Annesh-. Haremos después los arreglos pertinentes para tu traslado. -Le hizo señas instándola a que fuera hacia la

puerta.

Entró en un comedor abarrotado de aprendices vestidos de negro. Dora llenó un plato con carne asada y pan, y tomó asiento a un extremo de la mesa larga que estaba más apartada. Nadie la miró. Nadie habló con ella. Agachó los ojos hacia la comida. Masticó un bocado de pan, sin saborearlo.

Soltó el cuchillo, se puso de pie, dejó el plato sobre la mesa, y salió presurosa del comedor.

El gran salón estaba vacío, y sus pisadas retumbaron en las paredes al atravesarlo corriendo. Halló una puerta más pequeña en un lateral, cerca de la entrada principal.

Néstor se encontraba dentro, tumbado cerca del fuego. Estaba rígido y silencioso, contemplando las llamas, con expresión sombría. Al oír sus pisadas alzó la vista. Sus ojos tenían el color azulado del hielo.

No podía abandonarlo. No lo haría. Annesh lo comprendería.

Néstor se sentó, ceñudo.

-¿Quiere que volvamos a casa? -preguntó Dora.

El asintió débilmente.

-Entonces, vamos -lo instó con un ademán de impaciencia. Néstor sacudió la cabeza. Sus labios se movieron, pero de ellos no salió ningún sonido.

- Oh, es cierto. Lo había olvidado. No puede hablar. -Dirigió al viejo mago una sonrisa que en parte era exasperada y en parte afectuosa-. Y no me enseñó ningún conjuro de transporte, ¿a que no?

Por toda respuesta, tuvo una mirada irritada.

Con un suspiro, Dora se echó la capucha sobre el brillante cabello y se cerró la capa para resguardarse del frío.

-Bien, vamos. Veré si podemos alquilar un caballo. A la porra la magia y sus grandes poderes.

Néstor se levantó despacio y se arrebujó en su capa.

Dora hizo intención de cogerlo del brazo. Por un instante, el viejo mago se echó hacia atrás. Luego se encogió de hombros.

Y juntos, cogidos de la mano, el viejo hechicero y su aprendiza emprendieron el regreso a casa.